

Jaime Labastida

# Pensador y poeta

Néstor A. Braunstein

*José Gorostiza y Jorge Cuesta, entre muchos otros, practicaron lo que Ezra Pound llamara logopeia o poesía del pensamiento. Néstor Braunstein comenta en este texto el libro En el centro del año, de Jaime Labastida, obra llamada a ser una de las más importantes de la lírica mexicana reciente.*

Un sobresalto de inquietante extrañeza se apodera de nosotros antes de abrir el libro, desde el momento mismo en que leemos el título del poema de Jaime Labastida, *En el centro del año*. Al preguntarnos por qué esa rara sensación tomamos conciencia de la paradoja que el poeta propone. “El centro” es un concepto espacial; “el año” es un dato temporal. Para un sujeto el tiempo no tiene centro y el espacio no tiene duración aunque el ingenio fabrique relojes que consiguen espacializar el tiempo y someterlo a la dictadura del número, aunque el infatigable escultor que es el tiempo acabe por dejar sus marcas en el espacio de las rocas y las playas. En el centro del año se estaciona el vértigo. Subrepticamente, sabiamente, el poeta nos ha llevado a una suerte de oxímoron, a un terreno tembloroso que confunde las claras coordenadas en las que quisiéramos vivir. ¿Vivir? ¿Puede decirse que la vida tiene centro? ¿Qué sería “el centro de la vida”, de esa vida que se mide en años? ¿La mitad? ¿El medio del camino de nuestra vida? ¿Qué compás podría clavarse en él para dibujar su perímetro?

¿Tiene centro un río que corre desde sus fuentes hacia el mar y que nunca es el mismo? ¿Y qué vida no es excéntrica cuando la corriente nos arrastra hasta el delta de su desembocadura? Nada sabe ni recuerda el río

de las nieves de su origen aunque las lleva en sí como un mapa genómico. El mar en donde el río acaba rige su destino sin que él lo sepa; en cada meandro de su cauce está inscripta, no su fuente, no, sino su disolución, el acabamiento de su carrera. No por capricho de geógrafos es Negro el mar del Danubio ni Muerto el del Jordán. O estériles los infinitos y salados océanos en que mueren los demás ríos, los dulces y risueños nilos y rines, fluyendo sin cesar en el Bernini de Piazza Navona, tantas veces atrapados y estancados por las represiones humanas. Así, del mismo modo, es la muerte la razón del nacimiento: ella dirige el curso de cada año y de la suma de los años que conforman una vida.

Pero no es un río el año pues nunca termina así como nunca empieza el anillo urobórico de su continuidad. Ni dura 365 días ni tiene cuatro estaciones sino por definiciones y cortes que le impone la palabra que lo nombra y lo ha usado como medida de los tiempos humanos antes de inventar los años luz. Afectando una docta ignorancia, como la de Nicolás, el de Cusa, podríamos decir que el centro del año está en todas partes y su circunferencia en ninguna. ¿Dónde empieza y dónde termina una banda de Moebius? ¿Dónde una escalera de Escher? ¿Tiene memoria la hormiga humana



Jaime Labastida en el Palacio de La Magdalena, Santander, 2012

cuando recorre sus bordes o sube y baja por los escalones del quebradizo edificio que es su tiempo de sembrar y cosechar?

Y, sin embargo, en el cantar de Jaime Labastida, guarda la marchitez del otoño el calor del verano y el dulzor de sus frutas, así como cada momento exhibe la gloria o la cicatriz de los días pasados. Todos los instantes son el tiempo, todas las espirales son esa espiral de la oreja o del caracol. Nunca retorna el río; siempre lo hace el año.

*En el centro del año* nace en algún día del verano de 2012 y es un acontecimiento en las letras, no sólo mexicanas, un punto en el tiempo que, a diferencia del ciclo solar, es trazo irreversible pues se inscribe en la historia, esa historia que no conoce de identidades sino tan sólo de diferencias. Este poema central y descentrado es obra de una *rara avis* en la muchedumbre humana: el poeta pensador. Labastida emula al mítico ser al que ya nos referimos, el uroboros del *Dichter*, el poeta, y el *Denker*, el pensador. Como se da el caso en no muchos que escogemos por el azar de la memoria: Sófocles, Donne, Goethe, Hölderlin, a veces mal traído y mal llevado por Heidegger, los salmos de Merwin. Gorostiza y Paz entre nosotros, los tropicales paisanos del insólito

encuentro de la razón y la belleza. Somos los llamados a percibir el círculo que, como en la parábola solar de Zaratustra o en nuestro escudo, une al águila y la serpiente, a *El edificio de la razón*, el ensayo previo, con *En el centro del año*, su coronación. Entreteje también a la filosofía con la religión, con las ciencias, con la política, con la literatura condensada en unos pocos e imprescindibles epígrafes.

De ahí el anticipado reproche que la envidiosa mezquindad está dispuesta a prodigar: “poesía intelectual”, ausencia de sentimiento, referencias para entendidos... como si el entendimiento fuese un defecto y no el don máspreciado —y el más escaso— de nuestro ser. Como si la profundidad no fuese buscada sino rebuscada, como si la erudición debiera ocultarse, como si la asunción de las preguntas fundamentales fuese presunción, como si Labastida no se dirigiese a sus iguales, a quienes comparten sus lecturas, sus dudas, su inquietud. Como si costase entender que el arte es parte integral de la filosofía, esa reflexión que no precede al poema sino que lo atraviesa para encontrarse consigo misma en el final.

Más aun, no faltará quien diga “poesía metafísica”, ignorando que tal es el máximo epíteto laudatorio que pudiese adscribirse a un poema desde *Los trabajos y los días* hasta *The Waste Land* más allá. *En el centro del año* es, sí, un poema de raigambre metafísica, no por ambición de sancionar credos o axiomas afirmando la esencia de las cosas sino en un sentido crítico; es meta-metafísico, pues apela e incluye las críticas de Nietzsche y Derrida a la metafísica; es disolvente, es *mata-metafísico*. Demuestra de modo ostensible que no se puede salir de la jaula metafísica pues todo pensamiento sobre “lo que es” incluye la negación del ser, negación de cualquier presencia rutilante del ente que no lima sino que endurece los barrotes de la jaula. En él se encuentran unidas la confirmación y la refutación de la atmósfera metafísica que nos envuelve y que se nos presenta como la más hermética de las cárceles pues es la del lenguaje mismo, ése del que unos pocos como Hölderlin y Nietzsche llegaron a escapar... y a qué precio.

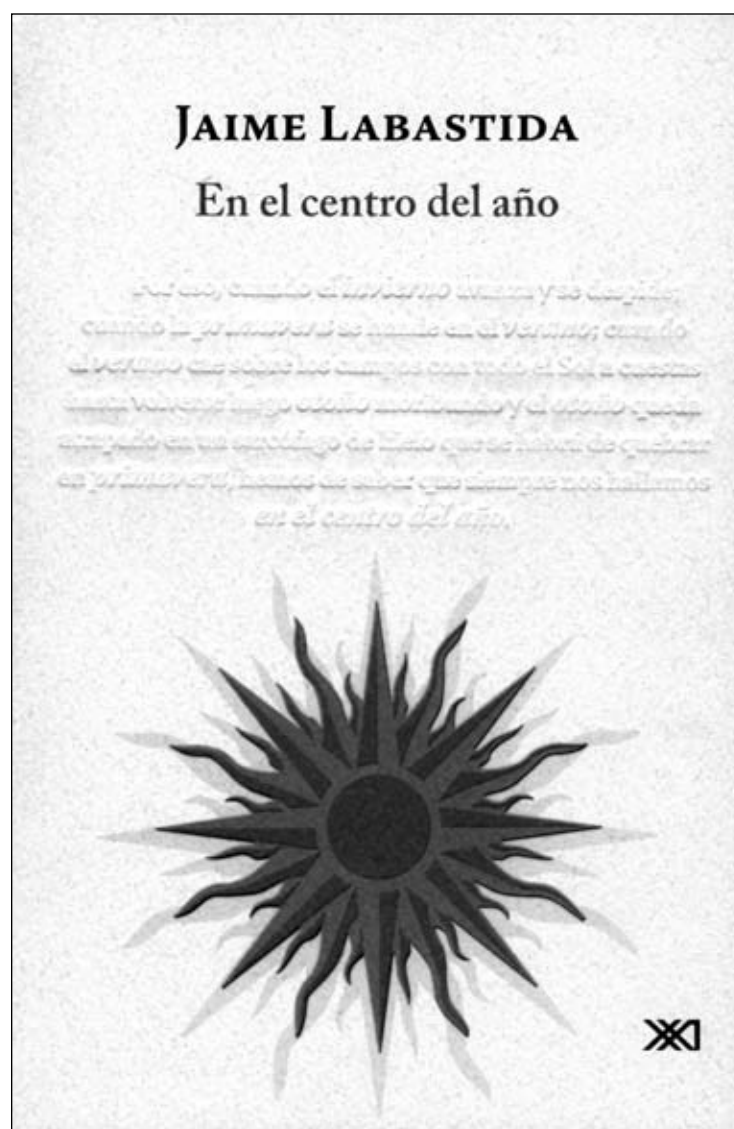
Claro, por cierto: la metafísica comienza y termina como una meditación sobre el tiempo y es una condensación de la palabra y la imagen en el momento de ligar en la voz del poeta la gavilla de lo que el discurso de los dioses y los poderosos se esmera en mantener apartado, construyendo tabiques que separan la belleza del bien decir, por una parte, y, por otra, la política que impone el orden de la dominación y las falsas promesas, el doloroso destino de los hombres con sus cabezas llenas de paja mediática y trabajo enajenado, el silenciamiento totalitario del pensamiento crítico de esas insalvables contradicciones, la arquitectura desbocada de los nuevos museos y la caótica destrucción de cuanto hay de más valioso: etnias, lenguas, maderas, especies, minera-

les, églogas, microclimas y amores. Si hasta el mismo curso de las estaciones (*Jahreszeiten* —palabra insoslayable— cantadas por Haydn en los albores del romanticismo y recobradas hoy, doscientos años después, por Labastida) se ve perturbado y deja de ser una hipótesis fantástica lo que pasaría “si la primavera, por acaso, se retrasara un año, y se negara a suceder a cada invierno” o “si el agua, por ejemplo, ya no quisiera descender, y terca, congelada, se obstinara en estar quieta, entre las nubes”.

Labastida sabe que no puede afirmar verdades finales y ni siquiera provisorias; no hay mensaje, no quiere co-municar ni trans-mitir ni en-señar ni con-vencer a nadie de nada. Nos inundan, y habremos de agradecerlo, las preguntas; más que las preguntas, el gesto mismo, el sustantivo *preguntar* que, según nos mintieron, es “la piedad del pensamiento” (Heidegger: “Das Fragen ist die Frömmigkeit des Denkens”). *Das Fragen*, no el *fragen* verbal y no *Die Fragen*. ¿Piedad? ¿Del pensamiento? Nos cuesta creerlo pues la verdadera interrogación no conoce la caridad; es una exigencia que gobierna a la inteligencia, a ella, para siempre apodada “soledad en llamas”. Se impone en mí la imagen de *En el centro del año* como un árbol florecido a reventar, una enloquecida jacaranda de marzo; en él cada signo de pregunta es una flor celeste y celestial que estalla en medio de los renglones. ¿Será ése el centro del año, el nacimiento de la primavera, el de Botticelli y de Stravinski, el del anuncio que hace Gabriel en marzo de lo que inevitablemente habrá de llegar en diciembre cuando nazca el invierno que llevará los ocres restos del otoño? Sí, todo ángel es terrible pues transporta la epifanía primaveral hasta el corazón del invierno. No hay página en el poema que no esté plagada de estas pequeñas orejas tipográficas, izquierda y derecha —¿y?—, que por las ¿gracias? de la lengua española, única en eso entre todas, deben ser dos, siempre dos, pares, simétricas y especulares, erguidas y a la escucha de una respuesta; por ejemplo: “¿Qué impera finalmente en la ciudad? ¿La ley, el orden, el terror, la crueldad, la demencia? ¿El engaño, la muerte, el tiempo enloquecido, la injusticia?”. Es evidente que la piedad definitivamente falta en el poema, también el eventual reposo y todo ello por la reiteración salvaje de las preguntas. El autor lo sabe y podemos estar seguros de que no fue nadie sino él quien proclamó que “*En el centro del año* no existe la tregua”. Al contrario, despótica, disfrazada de misericordia, rigen en el texto la pasión, el poderío, la violencia —diría— de un imperativo que me animo a formular así: “No podrás avanzar en el poema sin desvelarte y sin antes meditar y ofrecer una respuesta, la tuya. Sólo así serás merecedor de pasar —¿adónde?— a la siguiente pregunta, al cuestionamiento de tu ser y de tu responsabilidad en estos enigmas, en estas contradicciones, en esta falsa redundancia de una repetición minimalista donde cada

minúsculo cambio de entonación es una nueva intimación a responder más allá del sí y del no, más allá del bien y del mal”. Todo poema de pensador tiene el mismo trasfondo: la nostalgia de la noche en que clandestinamente se unieron su madre, Mnemosine, y su padre, el insomnio. Por la obcecación de las preguntas es que el poema cumple la voluntad del poeta, la de retar al lector a proponer respuestas y multiplicar los infinitos caminos, cuando no abismos, que se abren ante sus pies.

¿Nietzsche? Sí, claro. ¿Y cómo no? ¿Cómo no ubicarse en la estela del eterno retorno cuando del año se trata, cómo no aceptar y amar al destino y decir que sí, siempre sí? ¿Cómo no recordar que en medio del peligro y el dolor crecen la esperanza y lo que salva y que es vocación del poeta la de alzar su palabra como único *phármakon* contra la muerte misma? ¿Cómo no pensar, desde el poema de Labastida, en la segunda anunciación, la del Antigabriel, ese otro ángel, el loco, el que aterrizó en las alturas de Sils María para anunciar que Dios ha muerto, que nada cabe esperar de él, que no hay redención concebible después de haberlo matado y que sólo queda el ejercicio desorbitado de la voluntad de poder para escapar al flujo de succión que deja ese Dios



espantado de su creación que se aleja a toda máquina de quienes lo han asesinado dispersándolos en el ciberespacio de la desolación, la anomia y el anonimato?

Volverá el año y con él su centro que está en todas partes pues “todas las cosas vuelven: Sirio y la araña y tus pensamientos actuales y este pensamiento tuyo de que todas las cosas vuelven”. El anillo, en su eterna rotación, orbital y exorbitante, despeja el camino al superhombre, y señala al que no debe regresar, al hombre mezquino, regresivo, reactivo, que el amo necesita e impone con su lenguaje binario de unos y ceros. ¿Cuál de los dos se impondrá?

El poema de Labastida, como pasa con los raros meteoritos alumbrados por un pensador y poeta, no puede olvidar que en la frente de los hombres, esos entes que hablan, esos *hablantes*, está inscrita la señal de Caín que perpetúa el crimen como acontecimiento histórico y condena al fracaso a toda promesa mesiánica, por más que la especie viva aturdida por la esperanza, según ahí mismo se dice, que yace en el fondo de la caja de Pandora, aspiración de librarse de la culpa por ese crimen, nunca cometido, que “original” llaman. En el crimen da comienzo la historia, esa pesadilla de la que no podemos despertar, ese orden que se nos impone y nos lleva

a soñar con la anarquía y luego nos asusta con el fantasma de que el eclipse de la ley abriría paso a la ley de la jungla, donde los lobos están hombrificados cuando en verdad son los hombres quienes están lobotomizados y reducidos a la ataraxia, a la estupidez del espectáculo.

La de Labastida es una metafísica cáustica que responde a ese delito mayor de haber nacido y que se sufre (o se goza) como culpa por el parricidio freudiano, por la desobediencia antigónica a la ley del tirano. En el poema, tal como Dios manda temiendo que se le obedezca, se escenifica una lucha sin cuartel contra las regulaciones del lenguaje, contra los modos acomodados del decir. La rebelión del poeta no podría concretarse si respetase las convenciones de la lengua. Imagino la desazón del traductor cuando deba verter en otro idioma:

¿Despreciaremos la justicia? ¿Hemos de armarnos contra la justicia? Hay leyes injustas, lo sabemos.  
¿Hemos de aborrecer por esto el orden? ¿Acaso no sabemos que en el orden se encuentra la belleza y en la belleza la verdad y en ella, al mismo tiempo, la razón? Lo dijo así, bajo el Sol asesino de la blanca y pura Atenas, un hombre enamorado del triste fango del derecho. Pero, ¿qué pasaría si el fuego desbordara sus fronteras, se saliera de madre y ascendiera, desde el fondo en tinieblas de la Tierra y se desparramara luego, en un inmenso río, sin cauce y sin orillas, por todos los rincones de la esfera? Imposible vivir sin la belleza, imposible soportar las condiciones amargas del desorden.

Infinitos son los rincones de esta esfera que habitamos en donde el amante del saber se enamora del fango de las leyes y acaba, pese a todo y dado el mismo rigor que lo impulsa, por incurrir en el infame delito de pensar y preguntar; acaba, decíamos, obedeciendo la sentencia que le exige beber la cicuta que la ciudad le tiene preparada, una cicuta que en ocasiones se vierte —y es la más venenosa de todas— edulcorada, bajo la forma de galardones y pasajes de ida sin vuelta al tétrico panteón de los hombres ilustres.

Sin embargo, no es desesperado el poema porque acaba apelando al, aunque inútil, aunque imposible, de todas maneras, “hermoso y terrible anhelo de vivir”. Como anticipó otro poeta, Samuel Butler, maestro de la excentricidad y desmesurado rebelde cuyo tiempo está aún por llegar: “Por más que nuestro peregrinaje esté consagrado al olvido y hayamos perdido hasta la memoria de nuestro encuentro, a pesar de todo, nos separaremos y nos reuniremos nuevamente allí donde se reúnen los hombres muertos: en los labios de los que viven”.

*Yet meet we shall, and part, and meet again, / Where dead men meet, on lips of living men.*

Eso es lo que sucederá en el centro del año. **u**

